

IGNACIO CARTAGENA

*Las
cataratas
de
Nelson*



LAS CATARATAS DE NELSON

Ignacio Cartagena

LAS CATARATAS DE NELSON



ARS  POETICA

Ignacio Cartagena

LAS CATARATAS DE NELSON

colección
| NON OMNIS MORIAR |

ARS  POETICA
boutique de poésie

Las cataratas de Nelson
IGNACIO CARTAGENA

Colección:
NON OMNIS MORIAR

Dirección editorial:
ILIA GALÁN



© 2021 Ignacio Cartagena
© 2021 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Covadonga, 8
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: septiembre, 2021

ISBN: 978-84-18536-20-5
Depósito Legal: AS 01524-2021

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Nadie descansa nunca. Estás cansada,
lo sé. Y tu cansancio
me duele como el mío.
Pero nunca seremos otra cosa».

LEOPOLDO DE LUIS

«Así empiezan los cuentos: alguien sale de casa.
De pronto es otra casa, otra ciudad.
Si pregunta cómo volver, está perdido».

JORDI DOCE

NOTA DE ACLARACIÓN
(Y DE DISCULPA)

Mi amigo Arturo, funcionario de un organismo internacional, acaba de dar un giro radical a su vida.

Al cabo de veinticinco años de carrera (la mayoría transcurridos en destinos africanos) y de otros tantos años de convivencia con su esposa, Marta, mi amigo Arturo ha solicitado un permiso indefinido y se ha mudado a vivir solo, de alquiler, a una buhardilla del centro.

Arturo se ha llevado los trajes, los libros, los cuadros y su colección de vinilos del sello Blue Note.

A sus superiores y colegas les ha dicho que seguirá un tiempo pendiente del teléfono. A Marta le ha prometido que llevará al cole al hijo de ambos, Rodrigo, y que se quedará algún fin de semana con *Nelson*, el *golden retriever* de la familia.

Pocos amigos saben aún de este cambio. Yo tampoco estaba al corriente.

Me lo dijo el propio Arturo cuando me lo encontré, una noche, en un concierto de *jazz* de un prestigioso cuarteto escandinavo. Estaba solo. Ocupaba una mesa junto al escenario, pegado al contrabajo. Acompañaba con los nudillos el rasgueo de la batería mientras daba sorbos cortos a un *gin tonic* de tonos azulados. Nos quedamos charlando, tras el concierto, hasta bien entrada la madrugada.

Lo que Arturo me contó entonces es la sustancia de estos poemas. Para su mejor comprensión, los he dividido en cinco partes:

En la primera, «Las servidumbres del tacto», hablo de las rutinas de la vida conyugal durante esa larga fase que podríamos llamar «la edad media» —entre los cuarenta y los sesenta, en el mejor de los casos— y que, a diferencia de lo que sucede con la etapa histórica del mismo nombre, no suele preludiar ningún renacimiento.

La segunda parte, «El mundo bipolar», la dedico a la familia, amigos, conocidos (y otros animales) de Arturo y su mujer.

La tercera «Los telegramas cifrados», es un conjunto de poemas breves, enviados desde distintas ciudades, que versan sobre el oficio de mi amigo —la diploma-

cia— y sus distintas aplicaciones, dentro y fuera del trabajo.

La cuarta, «Doce poemas australes», trata de los destinos de mi amigo en países del hemisferio Sur. Allí transcribo, sin apenas adiciones, dos comunicaciones oficiales que Arturo me dijo haber encontrado en archivos polvorientos; y a las que el tiempo transcurrido confiere calidad de mera anécdota.

La última parte se titula «Las aguas en disputa» y aborda el proceso de divorcio de Arturo y Marta, que llegó a los tribunales por falta de acuerdo y donde quedan todavía —según él mismo me contó aquella noche— bastantes cabos sueltos.

Aprovecho para pedir disculpas a mi querido amigo Arturo si, en algunos pasajes de este libro, me he dejado llevar por la imaginación hasta terrenos que, de puro íntimos, pueden ser solo eso: imaginarios.

En mi descargo diré solo que, aunque el personaje referido es real, su circunstancia tiene mucho de arquetipo. Desde ese punto de vista, Arturo podría ser cualquiera de los muchos amigos que se encuentran en el mismo territorio que él transita: justo en mitad de ninguna parte.

Por lo demás, creo que sobra decir que mi amigo Arturo no se llama Arturo; su esposa tampoco se llama Marta ni su hijo Rodrigo.

El único al que no he cambiado el nombre (y espero que no me demande por ello) es al perro.

LAS SERVIDUMBRES DEL TACTO

«What lovers we were, what lovers
even when it was all over».

DAN PATERSON

West of the Sun

Pasado cierto tiempo, todo es *jaz*:
un mismo estándar, una melodía
silbable, cadenciosa, familiar, repetitiva.

Ya estamos instalados en sus graves.

El ritmo, poco a poco, lo encontramos
a fuerza de insistir en las escalas.

Tocándonos con método,
con celo burocrático,
logramos que parezca
que hay alguien que improvisa.

Y a veces, sin querer, nos tropezamos
(dos dedos) con alguna nota negra.

—¿Te gusta?

—No vale distraerme —me sonrías.

Duramos, por contrato, media hora.

Dos temas.

Quizá tres.

Un *bis*, con suerte.

Inocencia Décima

Te acercas, por detrás, al caballete.

—¿Te gusta? —te pregunto.

—*Troppo vero* —

me dices, inclinándote a mirar
algún detalle.

Ahí está tu indolencia condensada:
tus pechos, tus muslos, tus caderas
son los sumos pontífices de todo.

Tú no te reconoces, *certamente*.

He apostado mi oficio y mi talento

(*sfumati, charoscuro, pentimenti*)

a que nadie adivina que te acabas de duchar
en el agua templada de mi falta
de autoestima.

—Tan solo es un boceto —

me disculpo.

—Será. Pero un boceto *troppo vero* —

sentencias, al ponerte tu albornoz.
Y luego me abandonas
en el baño.

Oxbridge

A veces, nuestro amor vuelve a invadir
la calma de este picnic
de entomólogos.

Tú estás recién salida de un examen,
descalza, encima de un mantel a cuadros.
(Al lado, bajo un cielo color malva,
la cesta ya rezuma olor a setas).
Te observo desde el borde de una copa
de un vino blanco pálido y fragante.

Y llega nuestro amor (ese colega
simpático, elegante, delegado
de su clase) y se entromete en nuestra charla
y zanja algún debate artificial
sobre una teoría que hace meses
nos enfrenta.

Y gracias a ese intruso terminamos abrazados.
Volvemos a ser *visiting professors* (rubios, pálidos
y levemente estrábicos) el uno

frente al otro. Nuestra hipótesis de estudio
es única y la nota,
compartida.

A la mañana siguiente
de nuevo emplearemos en debates doctrinales
la vida que nos quede por lograr
un pie de página.
Y luego donaremos nuestros cuerpos a la ciencia
(por si el tiempo, nuestro tiempo,
no bastara).